

LA CASA DE PLACER

I

Iban allí, todas las noches, hacia las once; como al café, sencillamente.

Encontrábanse siete ú ocho, siempre los mismos; no calaveras: hombres respetables, comerciantes, jóvenes de la villa; tomaban su chartreuse, entreteniéndose algo con las muchachas ó hablando seriamente con el *ama*, á la que todos respetaban.

Retirábanse á media noche. Algunas veces, los jóvenes se quedaban hasta más tarde.

La casa era de aspecto decente, pequeña,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

ña, pintada de amarillo y ocupaba la rinconada de una calle, detrás de la iglesia de San Esteban; desde sus ventanas se veía la dársena llena de buques y la costa de la Virgen con su antigua capilla ennegrecida.

El *ama*, procedente de una familia de campesinos del departamento del Eura, había aceptado su profesión con la misma sencillez que se hubiera hecho modista ó costurera. El prejuicio del deshonor, unido á la prostitución, tan violento y vivo en las ciudades, no existe en la campiña normanda. El campesino dice:—«Es un buen negocio»—, y manda á su hija á explotar un harén de mozas, como la enviaría á dirigir un colegio de señoritas.

Además, esta casa procedía de la herencia de un tío viejo que la estableció. El *ama* y su marido, antes posaderos cerca de Ivetot, habían liquidado inmediatamente,

mente, considerando el negocio de Fécamp más ventajoso para ellos, y fueron á encargarse de la dirección de la casa, por la cual nadie se interesaría tanto como sus dueños, los cuales eran tan buenas gentes, que se hicieron querer enseguida del personal de su casa y de los vecinos.

El hombre murió á los dos años, de un ataque apoplético. Su nueva profesión, reduciéndole á la molicie y á la inmovilidad, le hizo engordar mucho y la salud le ahogó.

El *ama*, desde su viudez, fué deseada vanamente por todos los parroquianos del establecimiento; pero se la suponía honesta en absoluto, y ni sus pupilas pudieron descubrir nada. Era alta, de buenas carnes y muy agraciada. Su cutis, palidecido en la obscuridad de aquel recinto siempre cerrado, lucía como bajo un barniz grisiento. Cabellos indómitos, cortos y rizados,

zados, rodeaban su frente, dándole un aspecto juvenil que contrastaba con la madurez de sus formas. Invariablemente alegre y de rostro franco, bromeaba gustosa, pero con alguna reserva, que sus nuevas ocupaciones no pudieron hacerle perder aún. Las palabras groseras la chocaban siempre algo; y cuando un muchacho mal educado llamaba por su nombre la casa que ella dirigía, se molestaba, protestando. En fin, tenía el alma delicada, y aun cuando trataba á sus mujeres como amigas, hacía notar con frecuencia que no eran todas una misma cosa.

De cuando en cuando, entre semana, salía en coche de alquiler con parte de su tropa; iban á corretear sobre la hierba á orillas del río. Parécían aquellas, escapatórias de colegialas; carreras locas, juegos infantiles, todo el atolondramiento alegre de reclusas embriagadas por el aire libre.

Comían

Comían fiambres y bebían sidra, sentadas sobre el césped, y no regresaban hasta la noche, con una fatiga deliciosa y rebosando ternuras; en el coche besaban al *ama* como á una madre muy buena, complaciente y dulce.

La casa tenía dos puertas. En la de la rinconada, una especie de cafetín obscuro, frecuentado desde el anochecer por marineros y artesanos. Dos de las mujeres encargadas del comercio especial del establecimiento, estaban particularmente destinadas á las necesidades de esta parte de la clientela. Ellas servían, ayudadas por un mozo llamado Federico, bajo, rubio, imberbe y fuerte como un buey, los vasos de vino y de cerveza sobre las movedizas mesas de mármol; y rodeando con sus brazos el cuello de los bebedores, ó sentadas sobre sus rodillas, procuraban aumentar el gasto.

Las

Las otras tres (pues entre todas no eran más que cinco) formaban una especie de aristocracia, quedando reservadas á los visitantes de arriba, á menos que no fueran abajo necesarias, cuando en el piso no había gente.

El salón de Júpiter, donde se reunían contertulios, estaba tapizado de papel azul y adornado con un gran dibujo representando á Leda, tendida bajo su cisne. Se llegaba á este lugar por una escalera de caracol terminada en una puerta estrecha, de humilde aspecto, dando á la calle, y sobre la cual brillaba toda la noche, detrás de un enrejado, un farolillo como los que se encienden aún en ciertos pueblos á los pies de las Vírgenes embutidas en los muros.

Las paredes, húmedas y viejas, despedían un tufillo mohoso. De cuando en cuando, una ráfaga de aire, impregnada de un perfume

perfume fuerte, atravesaba el corredor; ó la puerta de abajo, entreabierta, dejaba resonar en toda la casa, como la explosión de un trueno, los gritos ordinarios de los hombres reunidos en la tienda, produciendo en los tertulios del principal un gesto de inquietud y disgusto.

El *ama*, siempre amable con sus clientes y amigos, no abandonaba el salón, interesándose con las murmuraciones de la villa que ellos la comunicaban. Su conversación seria, contrastaba mucho con las divagaciones de las tres mujeres; era como un descanso en el jugueteo canallesco de los barrigudos señores que se permitían cada noche el torpe y trivial exceso de beber una copita de licor en compañía de mujeres públicas.

Las tres del principal se llamaban Fernanda, Rafaela y Rosa.

Siendo tan reducido el personal, se había

bía procurado que cada una de ellas fuese como una muestra, el resumen de un tipo femenino, á fin de que todos los parroquianos pudiesen encontrar allí, aproximadamente al menos, la realización de su ideal.

Fernanda, campesina, representaba la *hermosa rubia*, buena moza, casi obesa, carnosa y con pelo corto, de color de cáñamo, que apenas le cubría la cabeza.

Rafaëla, nacida en puerto de mar, hacía el papel indispensable de la *bella judía*, delgada, con los pómulos salientes y enrojecidos. Su cabello era negro, brillante á fuerza de pomada; sus ojos hubieran parecido hermosos si no manchara el derecho una nube; su nariz arqueada caía sobre la boca saliente, en la cual dos dientes nuevos contrastaban con los demás, que habían tomado con los años un color de madera vieja.

Rosa,

Rosa, una bola de carne, toda vientre, con unas piernas minúsculas, cantaba desde la mañana hasta la noche coplas alternativamente picarescas y sentimentales, refería historias interminables é insignificantes, y sólo cesaba de hablar para comer y de comer para hablar, moviéndose siempre, ligera como una ardilla, á pesar de su gordura y de la mezquindad de sus piernas; era su risa un chorro de gritos agudos, resonando sin cesar en todas partes, en las alcobas, en las guardillas, en el café, por cualquier motivo.

Las dos mujeres de abajo, Luisa, la *pájara*, y Flora, llamada *balancin*, porque cojeaba un poco, la una siempre vestida de Libertad, con un cinturón tricolor, y la otra de Española de fantasía, parecían cocineras disfrazadas para un Carnaval. Semejantes á todas las mujeres del pueblo,

pueblo, ni más feas, ni más hermosas, verdaderas criadas de mesón, eran conocidas en el puerto por el apodo de las dos Bombas.

Una paz celosa, pero rara vez turbada, reinaba entre las cinco mujeres, gracias á la prudencia conciliadora del *ama* y á su inacabable buen humor.

El establecimiento, único en la villa, era muy frecuentado. El *ama* supo darle cierto aspecto de distinción: ella se presentaba siempre amable y previsorá para todo el mundo. Su bondad era tan conocida, que la rodeaba una especie de consideración.

Los parroquianos se esmeraban por agrádarla, sintiéndose orgullosos cuando ella los distinguía con su amistad; y al encontrarse unos con otros por la calle ó en sus regocios durante el día, se decían: «hasta la noche donde usted sabe», como
se

se dice: «después de comer, en el café».

En fin, la casa Tellier era un recurso, y rara vez alguno de los contertulios faltaba á su cita diaria.

Pero, una noche, de las últimas de Mayo, habiendo llegado primero el señor Poulín, almacenista de maderas y antiguo alcalde, encontró la puerta cerrada. El farolillo no brillaba detrás del enrejado, ni se oía ningún ruido en la casa, que parecía muerta. Llamó, suavemente primero, después con alguna violencia; nadie le contestaba. Alejóse calle arriba, muy despacio, y al llegar á la plaza del Mercado, encontró al señor Duvert, el armador, que se dirigía al sitio de costumbre. Volvieron los dos juntos, sin lograr mejor resultado. Pero un ruido fenomenal se produjo de pronto cerca de ellos, y acercándose á la esquina vieron un grupo de marineros ingleses y franceses que vociferaban,

LA CASA DE PLACER

feraban, dando puñetazos en las maderas cerradas del café.

Los dos burgueses pensaron escabullirse para no verse comprometidos; pero un ligero «psht» los detuvo: era el señor Tournebau, el de la fábrica de salazón, que, habiéndoles conocido, los llamaba. Diéronle cuenta del suceso, que le afectó mucho, porque, hombre casado, con hijos y expuesto á una dura vigilancia, no iba más que los sábados «*securitatis causa*», decía él, haciendo alusión á una medida de policía sanitaria, cuyos períodos le había revelado su amigo el doctor Borde. Era precisamente su día y tendría que aguardar toda la semana.

Los tres dieron un largo paseo hasta el muelle, tropezaron en el camino al joven Felipe, hijo del banquero, otro contertulio, y al señor Pimpesse, el recaudador. Juntos volvieron entonces por la calle de los

GUY DE MAUPASSANT

los Judíos, para hacer una última tentativa. Pero los marineros, exasperados, tenían sitiada la casa, vociferando, apedreando las puertas; y los clientes del principal, desandando lo andado, más que de prisa, fuéronse á pasear por otras calles.

Aún encontraron al señor Dupuis, agente de seguros, y al señor Vasse, juez del Tribunal del Comercio, y juntos llegaron al muelle, sentándose sobre el parapeto de granito y mirando ir y venir las olas, cuya espuma brillaba en la sombra, mientras el rugido monótono del mar estrellándose contra las rocas, se prolongaba en el silencio de la noche á lo largo de toda la costa. Después de permanecer allí algún tiempo, el señor Tournebau dijo:— «Ésto no es divertido». — «Ciertamente, no»—repuso el señor Pimpesse; y todos volvieron, despacio.

Habiendo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV. DE TAMPICO

"ALFONSO H. TEB"

40 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV. DE TAMPICO

Habiendo atravesado la calle que domina la costa, volvieron por el puente de madera, pasaron junto á la vía férrea y desembocaron otra vez en la plaza del Mercado, donde comenzó á promoverse una disputa entre el recaudador y el salador, á propósito de una seta comestible que uno de ellos aseguraba haber encontrado en las afueras.

Los ánimos estaban agriados por el aburrimiento, y acaso hubieran llegado á vías de hecho, sin la oportuna intervención de los otros. El señor Pimpesse, furioso, se retiró; y enseguida un nuevo altercado surgió entre el ex-alcalde y el agente de seguros, con motivo del sueldo del recaudador y de los beneficios que podría proporcionarse. Las frases injuriosas llovían de una y otra parte, cuando una tempestad de atronadores gritos se desencadenó, y la turba de marineros, fatigados

fatigados de aguardar en vano frente á una casa cerrada, llegó á la plaza. Iban cogidos del brazo, por parejas, formando una larga procesión y gritando furiosamente.

El grupo de los burgueses cobijóse bajo un portal, y la horda bullidora desapareció en dirección del convento. Largo rato se oyó aún el clamor, que disminuía por instantes como una tempestad que se aleja, y el silencio se restableció.

El señor Poulín y el señor Dupuis, furiosos el uno contra el otro, fuéronse cada uno por su lado, sin saludarse.

Los otros cuatro se pusieron en marcha bajando instintivamente hacia la casa Teller. Seguía cerrada, muda, impenetrable. Un borracho tranquilo y obstinado, daba golpes con los nudillos en la puerta del café; después, á media voz, llamaba al mozo Federico, y como nadie le contestó, decidióse

cidióse á sentarse para esperar los acontecimientos.

Los burgueses iban á retirarse cuando el grupo tumultuoso de hombres del puerto apareció en el extremo de la calle. Los marineros franceses cantaban *La Marsellesa*, los ingleses el *Himno Británico*; se dirigieron hacia el muelle, donde se trabó una batalla entre los marineros de las dos naciones. Un inglés salió con un brazo roto y un francés con la nariz cortada.

El borracho, que se había quedado junto á la puerta, lloraba entretanto, como lloran los niños contrariados.

Los burgueses al fin se dispersaron. Poco á poco la calma se restablecía en la población perturbada. De cuando en cuando, un ruido, una voz resonaban, luego se perdían á lo lejos.

Sólo un hombre vagaba constantemente desconsolado de aguardar una semana, el
señor

señor Tournebau, el salador; confiaba sin duda en algún azar venturoso, no comprendiendo cómo la policía dejaba cerrar así un establecimiento de utilidad pública.

Volvió, olisqueando los muros, buscando el motivo, y pudo ver que del sobradillo pendía un cartel. Encendiendo rápidamente una cerilla, leyó estas palabras escritas en gruesos caracteres desiguales: *Cerrado por causa de primera comunión.*

Y se alejó comprendiendo que no podía confiar en nada.

El borracho dormía, dormía ya, tendido á lo largo junto á la puerta inhospitalaria.

A la mañana siguiente todos los contertulios, uno tras otro, encontraron excusa para pasar por aquella calle, con papeles debajo del brazo, como si fueran á sus negocios; y con una mirada furtiva, todos
leyeron

leyeron el aviso misterioso: *Cerrado por causa de primera comunión.*

II

Lo cierto es que el *ama* tenía un hermano carpintero establecido en su país natal, Verville, en el Eura. Siendo aún mesonera en Ivetot, había apadrinado en la pila bautismal á la hija de ese hermano, á la que llamó Constanza; Constanza Rivet. El carpintero, viendo á su hermana en buena posición, no la olvidaba fácilmente, aun cuando se veían muy de tarde en tarde, retenidos por sus ocupaciones y viviendo á mucha distancia uno de otro. Pero como la ahijada iba á cumplir doce años y hacía entonces la primera comunión, aprovechó el carpintero esta oportunidad para

para una entrevista, escribiendo á su hermana que contaba con ella para la ceremonia. No podía negarse á su ahijada, y aceptó. Su hermano, que se llamaba José, confiaba en poder obtener con sus muchas atenciones, un testamento á favor de Constanza, porque la madrina no tenía hijos.

La profesión de su hermana no era para él motivo de escrúpulo, y, además, nadie lo sabía en su país. Se decía solamente hablando de ella: «La señora Tellier es una burguesa de Fécamp»; lo que dejaba comprender que podía vivir de sus rentas. De Fécamp á Verville había más de veinte leguas; y veinte leguas de camino son más difíciles de franquear para labriegos, que el océano para la gente civilizada. Los habitantes de Verville no habían pasado nunca de Rouen; nada atraía á los de Fécamp hacia el pequeño pueblo de 500 hogares, perdido en la llanura y formando parte